

A l e j a n d r a
O b e r t i

La moral según los revolucionarios

Mezcla de panfleto político exaltado y documento que busca orientar la acción de la militancia, “Moral y Proletarización” es un documento breve pero elocuente de las posiciones que tenía el PRT-ERP en los primeros ‘70 sobre la vida cotidiana y la moral revolucionaria. Publicado en la revista **La Gaviota Blindada**, que editaban los militantes del PRT detenidos en la cárcel de Rawson hacia 1972, el texto construye una doble destinación. Por un lado un destinatario positivo: los militantes de la organización, por otro una serie de antagonistas que, si bien están excluidos de los varios colectivos de identificación que se van a dibujar a lo largo de los distintos argumentos desplegados, son los que sostienen la dimensión polémica del texto. Además, también en el plano del enunciado, es posible apreciar que en el texto se entrecruzan componentes descriptivos, didácticos, prescriptivos y programáticos.¹

Una primera lectura nos podría llevar a creer que la centralidad otorgada a temas como la subjetividad, la familia, la crianza de los hijos y la situación de las mujeres hablan de una preocupación por temas vinculados a la vida cotidiana y a las relaciones humanas más personales (íntimas se podría decir) que entran en franca consonancia con la explosión de lo privado en lo público que caracterizó aquellos años. No obstante, una mirada más ajustada muestra por lo menos dos restricciones: por un lado, que el compromiso con las prácticas subjetivadoras no excede los planteos de la ortodoxia marxista; por otro, la perspectiva agregacionista con la que trata la específica dominación de género, así como sus expresiones en la vida cotidiana de los militantes, desactiva rápidamente cualquier ilusión de apertura. Finalmente, nos deja ante la incómoda sensación de estar frente a un texto fuera de época, digo fuera de *su* época, y no solamente de este presente.

Ciertamente los planteos desplegados son producto del vasto y profundo movimiento de activación política y social que caracterizaría los ‘70 y también de la ideología de las organizaciones político-militares. Pero no es en ese sentido que señalo que me parece un texto fuera de su época; espero, en las páginas que siguen, poder justificar esa apreciación.

La situación y la revolución: descripción y didáctica

Me detengo en los aspectos descriptivos y didácticos del

texto, que, para ser llevados adelante, requieren que el enunciador formule un balance de la situación a la vez que enuncie una serie de principios generales.

El balance parte de una constatación y sigue con la enumeración de las consecuencias de lo comprobado. De este modo, el problema identificado como central es que el individualismo burgués se ha hecho carne en el pueblo o, dicho de otro modo, la ideología burguesa ha logrado que el pueblo haga suyos los modos burgueses (capitalistas) de ver y vivir el mundo en todísimos los aspectos de la vida humana. Es así que las primeras páginas del texto están dedicadas a resaltar didácticamente que:

“si la burguesía nos tiene aún bajo su dominio, no es solamente en virtud del aparato represivo, sino y *ante todo*, porque una parte considerable del pueblo continúa adherida a las concepciones burguesas y porque prácticamente la totalidad del pueblo continúa viviendo según el sistema de vida que la burguesía ha construido”.²

Los medios de comunicación, la crónica deportiva y el teletexto no son más que modos en que la ideología burguesa ha logrado imponer al conjunto de la sociedad modelos a ser imitados. Por lo tanto, al combate que deben establecer los revolucionarios contra el aparato represivo estatal, se le suma un frente de batalla ineludible: la conducta moral burguesa que está enraizada en cada sujeto. Y ésta “es una cuestión que está en el centro mismo de los problemas de la *Guerra Revolucionaria*” (MyP: 15, resaltado mío). El poder político que quiere establecer el proletariado, conceptualizado en el documento en términos de dictadura de clase, no es viable sin previamente haber ganado a la mayoría del pueblo para sus ideas y programa político, pero también, y sobre todo, sin haber impuesto una *nueva moral*: “No podemos ni pensar en vencer en esta guerra si no nos decidimos a comenzar ya, en la práctica misma de la guerra, la construcción del hombre nuevo, del hombre capaz de *luchar y vencer* en esta guerra” (MyP: 16, resaltado mío). Los corazones y las mentes de las masas deben ser “conquistados”, dicen más adelante, y esta batalla, que es ética, está en el centro de la lucha por la toma del poder.

En la guerra que deben llevar adelante las fuerzas revolucionarias, éstas se encuentran, entonces, con tres frentes de batalla.

1 Eliseo Verón, “La palabra adversativa”, en A.A.V.V., **El discurso político. Lenguajes y acontecimientos**, Buenos Aires, Hachete, 1987.

2 “Moral y Proletarización”, pág. 15, en **La Gaviota Blindada**, n° 0, c. julio 1972; en adelante MyP. El resaltado es mío.

Deben luchar contra el aparato represivo del Estado burgués, por ganar al pueblo para su programa e ideas y por la difusión de la moral revolucionaria anti-individualista. Esta última es la tarea más ardua y a la vez la más indispensable. Pero, ¿cuál es esa nueva moral propuesta, esa moral revolucionaria? Ni más, ni menos que una “moral de combate”, etapa de paso a una futura moral socialista (MyP: 17).

Las descripciones dan un paso más y nos explican que, para combatir la moral burguesa, como también su esencia y núcleo duro, esto es, el individualismo, es necesario conocerlos. Sigue entonces el tono didáctico que procura dar a conocer a los lectores los modos en que dicho individualismo se expresa en cada aspecto de las relaciones sociales.

El individualismo es transmitido por los adultos “consciente o inconscientemente a sus hijos, que empiezan así a mamar individualismo con el primer trago de leche materna” (MyP: 18). De este modo, se arma una serie que va desde la competencia por los juguetes entre hermanos hasta la búsqueda de trabajo en la vida adulta y que constituye un camino ascendente de consolidación del individualismo propio de la sociedad capitalista, hecho carne en todos y cada uno de los individuos que la componen. Por lo tanto, para comenzar a construir la moral de transición hacia la moral revolucionaria es necesario “desintegrar nuestra personalidad individualista y volverla a integrar, hacerla de nuevo sobre ejes proletarios revolucionarios” (MyP: 18).

El programa revolucionario y el lugar de la moral: prescripción y programática

Los elementos descriptivos mencionados componen, a lo largo del texto, una trama discursiva con otros de carácter abiertamente prescriptivos y programáticos. Es a partir de estos últimos que formulan, de manera general, los imperativos deónticos de la práctica política propuesta y se anuncian los compromisos adquiridos.

La prescripción está claramente señalada: combatir con todas las armas contra el individualismo burgués. ¿Cómo? En las prácticas. Son las prácticas sociales las que determinan al sujeto, “el que tiene práctica social de obrero tenderá a tener conciencia de obrero” (MyP: 19), ergo es necesario *proletarizarse*.

Esto es, el partido (la organización política de vanguardia de los trabajadores) que, siguiendo la lógica argumentativa del texto, ya existe y está conformado en otro lado, debe buscar llenar sus filas de obreros y para los que no lo son “la proletarización pasa ante todo por compartir la práctica social de la clase obrera, su modo de vida y su trabajo” (MyP: 21).

Es decir, el presupuesto de que el partido es la vanguardia política del proletariado, pero que, a la vez, debe incorporar obreros (porque no los tiene) y debe promover que sus militantes se transformen en trabajadores (porque no lo son), se sostiene sólo si aceptamos una escisión entre la vanguardia política y aquellos a quienes debe dirigir. ¿Quiénes son esos dirigentes? ¿En función de qué virtudes la regla general no se

aplica a ellos? ¿Cuál es el lugar de la vanguardia? No es el caso de volver sobre viejas discusiones en torno al papel de la clase obrera en la revolución y su relación con la vanguardia, sólo me limito a destacar que el carácter de clase del partido aparece en “Moral y Proletarización” postulado en abstracto mientras que los sujetos empíricos, esos obreros reales y concretos a los que se refiere el texto, están en otro lado. No obstante lo cual, la cuestión no aparece problematizada, simplemente se la enuncia como uno más de los problemas derivados de la hegemonía burguesa. Razonamiento que, por otra parte, es circular, porque si los propios obreros están hegemonizados por las ideas de la burguesía ¿de dónde viene la ruptura? ¿Basta con señalar que las prácticas sociales de la clase obrera producirán la superación de esta paradoja?

Me detengo en esta insistencia en las prácticas. Dice Althusser que dice Pascal “arrodillaos, moved los labios en oración y creeréis”.³ Es así que los actos de los individuos, muchas veces cotidianos y monótonos, —actos que están insertos en prácticas reguladas por rituales incluidos a su vez en aparatos ideológicos— son lo que constituyen las ideas y no las ideas las que conforman prácticas, continúa Althusser.

Al leer “Moral y Proletarización”, la materialidad misma de la práctica política parece estar condicionada por esta insistencia en un “deber ser” de un modo y no de otro que finalmente determina ciertas características para el funcionamiento interno de la organización y para las relaciones entre los militantes.

Destinado a la militancia, sobre todo para aquellos militantes que estaban ingresando a la organización, “Moral y Proletarización” pretende jugar un papel clave en la construcción del “nuevo hombre” capaz de encarnar en sí el mito del militante ideal. De este modo, además de construir sus propios destinatarios (por un lado arma un colectivo de identificación con un nosotros inclusivo para toda la militancia y los dirigentes, y por otro, desdobra la destinación en la referencia permanente a un adversario político que se encuentra radicalmente excluido de cualquier colectivo de identificación posible —la burguesía, las fuerzas represivas) además de ese nivel de intervención, el documento despliega una serie de instrucciones destinadas a hacer—hacer. Dicho de otra forma, interpela a los lectores para que asuman las tareas necesarias para vencer el individualismo en las filas de la organización (del partido, del ejército) a través de la internalización de una serie de normas inflexibles, que producirían más o menos rápidamente las características personales correctas.

Volviendo, entonces, a la proletarización, es necesario señalar que se trata de una tarea compleja. Porque resultaba ya entonces evidente que no basta con ser obrero para, automáticamente, tener conciencia de obrero. Sin embargo, y a pesar de que el trabajo en la sociedad capitalista hace que el obrero esté tan sujeto al individualismo como cualquiera, hay algo en la mismísima forma de producción que le da la posibilidad de percibir rápidamente la contradicción entre el carácter social del trabajo y la propiedad privada de las mercancías.

“La práctica social establece una relación dialéctica entre el sujeto y su medio: en la medida en que el hombre va formando y transformando la realidad a

3 Louis Althusser, *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1984.

través de su trabajo, de sus relaciones humanas, de cualquier actividad que ejerza, esa misma actividad y los condicionamientos que el medio le impone van formando y transformando el sujeto” (MyP: 19).

Por lo tanto, cuál de las dos tendencias triunfará es un problema que se resuelve en la lucha de clases. Las instrucciones que siguen a semejantes afirmaciones son claras: para los militantes que son obreros, seguir siéndolo y para los que no lo son, proletarizarse. De este modo, se harán acreedores de las auténticas virtudes proletarias, a saber: “humildad, sencillez, paciencia, espíritu de sacrificio, amplitud de criterios, decisión, tenacidad, deseos de aprender, generosidad, amor al prójimo”.⁴

Los males del individualismo, sin embargo, no se detienen allí, las organizaciones revolucionarias tampoco están al margen de ellos, éste se plantea de muchas y variadas maneras: el subjetivismo, la autosuficiencia, la búsqueda de prestigio, el espíritu de camarilla, el liberalismo, el temor por sí mismo.

Pero entonces, si ni siquiera los revolucionarios están exentos de esta lacra, ¿cómo evitar que haga estragos en el seno mismo de las organizaciones revolucionarias? Una vez más la prescripción: la crítica y la autocrítica, son el método para corregir el individualismo.

Emergentes del amplio proceso de radicalización política y de ascenso de la legitimación de la violencia en las prácticas políticas propias de la década del '70, el PRT-ERP y, en general, las organizaciones de la izquierda armada dieron por sentada una relación fluida con el movimiento de masas. Sin embargo, tal relación, en la medida que lo procesos de militarización creciente los llevaron a una acelerada sectarización, invirtió su sentido.⁵ De tal forma, si la izquierda armada puede inicialmente pensarse como uno de los productos del clima de contestación sociopolítico, la aparente relevancia que adquieren a partir de 1972 y su significativo aislamiento final deberían echar luz sobre sus formas de organización y participación política tanto como sobre las subjetividades que encarnaban dichos proyectos. Uno de los argumentos que más se ha destacado es el vanguardismo y su correlativa sustitución del sujeto revolucionario por el partido; sin embargo, es preciso, al mismo tiempo, destacar —e indagar en—, la singularidad de esas experiencias (más allá del modelo de intervención política que formalmente proponían) como tejido de relaciones políticas y personales entre militantes. Para comprender ese proceso de sectarización de la izquierda armada de los '70 es entonces necesario integrar en el análisis las dimensiones internas de las organizaciones, donde se destacan ciertas características.

En primer lugar, un cierto imaginario institucional que Horacio Tarcus⁶ ha conceptualizado para las sectas políticas como la

pervivencia de una dimensión religiosa en la práctica política, que diera lugar a un complejo juego entre los requerimientos político-simbólicos de un determinado tipo de organización política sobre la que sus integrantes “profesan” un culto racionalizado en su necesidad histórica —en el sentido de imprescindible— y los perfiles modélicos del/de la militante. El mito del partido (de ese partido), se sostiene tanto en la “omnipotencia de la línea” como en la infalibilidad de los dirigentes, pero además se reproduce en un conjunto de prácticas rituales de iniciación como de permanencia y ascenso dentro de las estructuras de la organización, la cual se transforma, por un serie de deslizamientos imperceptibles, en un “mundo de vida”. Dichas prácticas rituales iban desde la prohibición de consumo de ciertos bienes culturales estigmatizados como “burgueses” hasta vestirse con uniformes al momento de las reuniones que lo ameritaban.⁷ Específicos ritos de iniciación —con categorías identitarias como simpatizante, militante, combatiente, etc.— construían estrictas delimitaciones entre el “adentro” y el “afuera”.

Estas normas de funcionamiento pivotaban sobre la figura de un militante idealizado —que en la práctica terminaba “encarnado” en el máximo dirigente— portador de atributos inalcanzables, lo cual generaba una estructura jerárquica a partir del mayor o menor acercamiento de cada militante al ideal propuesto; paralelamente esto permitía una discursividad dicotómica entre quienes portaban la “verdad” revolucionaria (elevando los discursos de la tradición elegida a la categoría de dogma) y los “desviacionistas” o directamente los “traidores”: la inflexibilidad de estas estructuras de sentido desembocó, en muchos casos, en trágicos desenlaces. Entre los atributos de esa imagen idealizada del combatiente o del guerrillero destacan la heroicidad, el sacrificio, la militancia como sacerdocio y el mesianismo, atributos claves en la construcción identitaria. De allí que la principal fuerza cohesiva de estas organizaciones no fuera una ideología sino la moral combatiente.⁸ Esta carga ética otorgaba al discurso político-ideológico una verdad moral a la que sería indigno sustraerse; el sujeto así interpelado era erigido en portador él mismo de la verdad y responsable de su defensa.

El des-ciframiento de la realidad como cumplimiento de la profecía, en tanto estas organizaciones supuestamente encarnaban la “marcha de la Historia”, también fue un aspecto clave en el aislamiento de la izquierda armada y en su empecinamiento en la continuación de una táctica que varios años antes de terminar en un trágico final, mostraba todos los signos de la derrota. En este sentido, varias de las organizaciones político-militares desplegaron concepciones de la revolución cuyos énfasis estaban puestos sobre todo en la actividad militar antes que en la praxis política: el resultado fue una creciente militarización de las organizaciones y un creciente deslizamiento de las subjetividades políticas hacia la construcción de “los combatientes”

4 MyP, pág. 20. La elevación de los valores mencionados a valores auténticamente proletarios parece en el texto casi una ironía, ya que se trata en todos los casos de valores burgueses y cristianos, aquellos mismos que Max Weber analizara en su estudio acerca de la relación entre la ética protestante y el espíritu del capitalismo. Cfr. Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Buenos Aires, Hypamérica, 1985.

5 Cfr. Roberto Pittaluga, “La historiografía sobre el PRT-ERP”, en *El Rodaballo. Revista de política y cultura*, n° 10, Buenos Aires, verano 2000.

6 Horacio Tarcus, “La secta política. Ensayo acerca de la pervivencia de lo sagrado en la modernidad”, en *El Rodaballo. Revista de política y cultura*, año V, n° 9, verano 1998/99.

7 Cfr. Luis Mattini, *Hombres y mujeres del PRT-ERP*, La Plata, La Campana, 1995.

8 Idem.

como soldados de un Ejército Regular.⁹ Ejército que, sin embargo, estaba integrado de manera aberrante por militantes, a veces casi adolescentes, con escasa o ninguna preparación militar y mujeres en muchos casos embarazadas o madres recientes. Y es hacia esas mujeres y esos jóvenes que se dirige la prescriptiva normativizadora.

El género que importa

En efecto, si bien como señalé al principio, el carácter normativo y moralizante del texto llama la atención sobre todo por que está escrito en plena revolución sexual, hay que reconocer que muestra una notable preocupación en pensar cómo los sujetos en cuestión están involucrados en la prácticas de las que son parte, así como también en temas no menores como la familia, la crianza de los hijos y el papel de la mujer en las luchas revolucionarias. La centralidad analítica acordada a estos problemas ideológicos (y no directamente económicos) denota un interés por incluir dichos temas en el análisis de la sociedad burguesa, de las tareas revolucionarias. Es decir, la posición de los sujetos que tienen la tarea de constituirse en revolucionarios y construir el partido que los exprese no es dejada de lado sino que es considerada pacientemente. Sin embargo, el agiornamiento exhibido se detiene allí, una vez considerados estos problemas son rápidamente integrados en un discurso conservador y prescriptivo que toma a mujeres y varones jóvenes como objetos de una pedagogía basada en las nociones generalmente aceptadas de masculinidad y femineidad.

Conscientes de que las prácticas producen sujetos, se sumergen sin dudar en una programática que de ser seguida al pie de la letra, producirá sujetos que marchan solos con la ideología que los interpela, esta vez la ideología de las organizaciones político-militares. Desanudados los secretos del capitalismo a través de la denuncia del secreto de la mercancía, del carácter particular de la mercancía fuerza de trabajo y también de las relaciones complejas del individualismo con los sujetos constituidos en la sociedad burguesa, pareciera ser que no queda nada por develar. Las relaciones pasan a ser transparentes, podemos ver a través de ellas a la familia burguesa con sus papeles diferenciados por sexo y con sus mujeres doblemente explotadas en el caso de ser obreras. ¿Será posible, sin embargo, que quede otro secreto por desenmascarar y que esa incógnita se revele incómodamente en cada intento de prescribir el programa de la revolución?

La época en que el texto fue escrito es un tiempo escandaloso en lo que hace a los temas en cuestión. Revolución sexual, feminismos, liberación de la mujer son algunos de los alborotos que circulan impunemente por el mundo y también por la Argentina.

Creo entonces, que el tono puritano de “Moral y Proletarización” corresponde más que a un clima generalizado de época a una decisión de meter bajo la alfombra ese otro secreto que

las feministas (aunque no sólo) empezaban entonces a desenmascarar y es que existen otras formas de opresión que no pueden ser subsumidas en la dominación de clase. Dicho de otro modo, la percepción de que el porvenir traía inexorablemente la revolución —visión que se conjugaba con la exigencia de construir subjetividades a la altura de las circunstancias— implicaba el reconocimiento de que era necesario interpelar a los sujetos que iban a llevar adelante las tareas revolucionarias —las cuales comprometían incluso la vida— de tal modo que esa interpelación fuera eficaz. El énfasis puesto en el individualismo se relaciona ciertamente con dichos presupuestos y con la consecuente necesidad de reforzar la vigilancia de sí que todos los militantes debían realizar con el objeto de transformarse en el militante ideal. Sin embargo la deconstrucción se detiene allí, las derivas posibles de sus propios planteos no son asumidas. ¿Dónde irían a parar si siguieran por la senda abierta? ¿Qué sucedería si reconocieran que su propia mirada se posó por un instante en una problemática que no se deja disciplinar fácilmente en la ideología clasista?

Lo que hubieran visto, de sostener una interrogación crítica en torno a estos temas, es que la estructura que modela a los sujetos en las sociedades contemporáneas es más compleja que la de clase, que otras dimensiones determinan los sujetos y que la subjetividad revolucionaria debería dejar espacio, antes que ponerle límites, al deseo. En la búsqueda de una explicación acerca de las relaciones sociales entre los géneros, las feministas situaban justamente los tópicos que se relacionan con la vida cotidiana, con el mundo privado y con la misma noción de distinción entre el espacio público y privado en el centro de la indagación. El trabajo doméstico y la sexualidad se fueron convirtiendo en teóricamente significantes y su estatuto muestra una complejidad social en la cual los sujetos ya no pueden pensarse determinados exclusivamente por la clase social y la lucha de clases. Si embargo, la izquierda armada de los '70 elige correr rápidamente la vista, desviarla hacia un lugar, tal vez, menos peligroso.

La familia

La caracterización de la situación como de guerra revolucionaria y las exigencias de que esa guerra comprometiera plenamente a los sujetos involucrados marcó una particular manera de concebir a las relaciones familiares, las relaciones sexuales y a la continuidad generacional.

Si, en la primera parte del texto, la moral aparecía calificada de burguesa o revolucionaria y definida en su relación con el individualismo burgués o con lo que se erigía como su opuesto, el sujeto proletario, en la segunda parte, sus vínculos son con la familia, la sexualidad, la pareja, la revolución.

El punto de partida explícito para esta parte es **El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado** de Engels¹⁰; el implícito parece ser análogo a la crítica desesperada que Lenin le hacía a

9 Tanto Montoneros como el PRT-ERP, las más importantes organizaciones armadas de la época, explícitamente pretendieron constituirse como ejércitos regulares en un movimiento mimético de carácter simétrico y especular al de sus enemigos, las FFAA. Para las concepciones de la revolución en el PRT-ERP puede verse Roberto Pittaluga, “Nociones de la revolución en el PRT-ERP”, ponencia en las VIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Universidad Nacional de Salta, 19 al 22 de setiembre de 2001.

10 Federico Engels, **El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado**, San Sebastián, Equipo, 1968.



García Lorca, 1936

la “teoría del vaso de agua” de Ines Armand.¹¹

Siguiendo a Engels, defienden y rescatan la pareja monogámica burguesa como forma de relación familiar superior a otras, y es ese tipo de familia el que deben construir los revolucionarios “como forma propia de transición en el seno y en contraposición a la sociedad burguesa” (MyP: 28). A su vez, la revolución sexual es calificada de falsa revolución, el amor libre de nueva forma de esclavitud para las mujeres, la libertad sexual de cosificación de las relaciones entre los sexos, y así sucesivamente.

Con relación a la maternidad: no sólo es vista como un destino natural, sino que además es una limitación. Limitación que por un lado las mujeres deben aceptar resignadamente y por otro, los varones “comprender” paternalistamente y no me refiero a su rol de padres con relación a los hijos/as sino que lo que se les prescribe es que sean comprensivos de la situación en general. Contrapuesto a esto se puede leer que la crianza de las/os hijas/os es tarea de todos, es una tarea militante más que se debe cumplir en el mismo sentido de cualquier otra obligación revolucionaria, porque “*la familia es una célula político familiar*” y la pareja una “*actividad político revolucionaria*”.

Fuera de las limitaciones propias de la maternidad, la igualdad. Las mujeres son consideradas iguales y acto seguido borradas en su condición de mujer, para pasar a hablar de la “mujer obrera”, doblemente explotada.

La rearticulación del sintagma mujer-familia es notable a lo largo de todo el texto, sin embargo es en torno a su definición como célula político familiar, donde se hace más evidente. Rápidamente pareja y familia se transforman en un solo e idéntico cuerpo, sin que medie transición alguna. Esencias masculinas y femeninas se despliegan sin pudor en defensa de “la pareja monogámica”, pareja formada siempre por “un hombre y una mujer”, es decir, además de monogámica, heterosexual. Esta condensación de dos elementos —pareja y familia— que a nivel semántico no están de ningún modo superpuestos sirve a nivel argumentativo para reencausar la sexualidad en la familia. Y esto se relaciona directamente con otro punto de condensación: “la revolución sexual”, definida en términos de falsa revolución que la moral burguesa se inventa volviendo del revés los conceptos burgueses tradicionales sobre la familia, la pareja y el amor.

Al amor libre, tópico central de la revolución sexual, lo describen a partir de una doble reducción: por un lado despoja al amor de su carácter integral para cosificarlo en un solo aspecto, el sexo; luego reduce el sexo a lo animal. En conse-

cuencia, para construir una nueva moral sexual y familiar, los revolucionarios deben construir parejas que tengan como eje la actividad revolucionaria.

Lo cierto es que estos desplazamientos, reducciones y superposiciones a la hora de describir y prescribir las relaciones entre los individuos no hacen otra cosa que contradecir lo que renglones más arriba está puesto en términos de declaración de principios: la idea de que la familia y la moral revolucionarias no tienen nada que ver con las burguesas.

Las funciones de la familia en la sociedad capitalista, en tanto ésta es la unidad primaria de socialización, el lugar donde se reproducen las relaciones de autoridad entre padres hijos, locus privilegiado de la represión sexual y del aislamiento de las mujeres, la definen como un lugar relevante en la reproducción del orden social. En efecto, sería difícil pensar la reproducción del modo de producción capitalista si este no contara con un aparato ideológico de Estado ¹² poderoso y eficiente como es la familia. “Moral y Proletarización” parte de esa constatación, sin embargo proponen una definición de familia entendida también como aparato ideológico, que es a su vez reproducción de un orden otro que tiene ahora como base una familia definida como *célula político familiar*:

“la pareja revolucionaria no debe constituir una unidad cerrada que empieza y termina en la misma, sino como decimos más arriba, integrarse en sus relaciones al conjunto de la organización, con la clase obrera y el pueblo y el conjunto del proceso revolucionario. [...] El grupo familiar constituye la célula básica no sólo de la actividad político militar de la organización sino de un estilo de vida que constituye una adecuada transición hacia el futuro estilo de vida socialista” (MyP: 29-30).

Este montaje de la familia revolucionaria en espejo de la burguesa recuerda otra construcción especular: la construcción del ejército y las concepciones de la revolución que se derivan de ahí, unas concepciones centradas más en la actividad militar que en la praxis política y cuyo resultado fue una creciente militarización de las organizaciones y un creciente deslizamiento de las subjetividades políticas hacia la transformación de militantes en combatientes, soldados de un Ejército Regular.

Instituciones marcadamente autoritarias como la familia y el ejército son criticadas pero, a la vez, mantenidas. Esto evidencia una falta de perspectiva de lo que sería el ordenamiento social propuesto; falta que se manifiesta, de manera tal vez imperceptible para sus protagonistas, en el mantenimiento de modelos de autoridad y subordinación.

11 Es notable la preocupación de Lenin por temas como el amor libre y por la situación de las mujeres y de los jóvenes en las luchas revolucionarias. Estas cuestiones aparecen recurrentemente en sus diálogos con Clara Zetkin y con Inés Armand, quien señalaba, para desesperación del líder bolchevique, que en el socialismo la satisfacción de los deseos sería tan simple como beber un vaso de agua. Lo cual motivó el siguiente comentario de Lenin: “Sin duda conocéis la teoría según la cual en la sociedad comunista la satisfacción de los propios instintos sexuales y el mismo impulso amoroso son tan simples y tan insignificantes como beber un vaso de agua... Pero un hombre normal, en condiciones igualmente normales, ¿se echará por los suelos en la carretera para beber de un charco de agua sucia? ¿O beberá en un vaso cuyos bordes llevan las marcas de decenas de labios ajenos?... Esta teoría del «vaso de agua» ha enloquecido a nuestra juventud, la ha enloquecido de verdad”; Lenin a Clara Zetkin, en “Conversaciones con Lenin”, incluidas en AAVV, *El amor y el matrimonio en la sociedad burguesa*, Buenos Aires, Convergencia, 1975, pp. 87-105. Para las opiniones de Lenin sobre el amor libre y la sexualidad, cfr. sus dos cartas desde su exilio en Berna a la militante bolchevique Inés Armand en enero de 1915, donde discute su “reivindicación del amor libre” como “burguesa”, en V. Lenin, *Obras Completas*, Tomo XXXV: *Correspondencia*, Buenos Aires, Cartago, 1960, pp. 179-184.

12 Althusser, op. cit.

Los cuerpos que importan

Extraer de los cuerpos todo lo que estos puedan dar; ésa parece ser la consigna obligada para aquellos varones y mujeres que estuvieran dispuestos a entregar su vida por la causa revolucionaria. Lo extremo de la exigencia tiene, sin embargo, diferencias, se trate de cuerpos femeninos o masculinos, y “Moral y Proletarización” no es ajeno, como documento, a esta disparidad. Ciertamente, en el marco de la lucha revolucionaria, ser un buen padre o una buena madre era indicado como una tarea revolucionaria más, que debía ser llevada a cabo sin descuidar todas las otras, pero la maternidad es una práctica social que presenta una indiscutible marca de género: sólo las mujeres pueden parir, por lo tanto para ellas hay una parte de la tarea que es indelegable.

No se trata de una oposición banal o simplificadora respecto de una posición masculina o femenina, ni de responder a un supuesto patrón de género, pero de hecho, el dilema entre cuerpo e identidad, abierto de algún modo para las mujeres que optaban por las armas, está muy presente en los testimonios actuales de mujeres militantes.¹³ Mujeres embarazadas, madres recientes, madres de niños pequeños participaron activamente no sólo de tareas militantes que eran peligrosas considerando la situación represiva de la época, como podría ser realizar pintadas o asistir a reuniones clandestinas, sino también de acciones armadas. Es así que la ausencia, y hasta el riesgo de vida, eran considerados como un sacrificio en aras también de esos hijos.

El documento avanza todavía un paso más en la prescriptiva al sostener que la promesa de la sociedad futura vale que se corran todos los peligros, compensa todos los sacrificios:

“Los hijos de los revolucionarios deben compartir todos los aspectos de la vida de sus padres, incluso a veces sus riesgos. Por cierto que debemos tratar de brindar a los niños protección especial, propia de su corta edad. Pero siempre que esa protección especial no se contraponga con los intereses superiores de la revolución. La hermosa imagen de la madre vietnamita que amamanta a su hijo con el fusil a su lado, que hemos visto en algunos afiches y revistas, es todo un símbolo de esta nueva actitud revolucionaria frente a los hijos. Los vietnamitas brindan a los hijos toda clase de atenciones especiales, pero cuando a veces ellos deben compartir los riesgos de la guerra, sus padres no vacilan en que así sea. Para que esta actitud revolucionaria frente a los hijos sea posible, es necesario que se integren al concepto de pareja y al concepto de unidad familiar que hemos señalado” (MyP: 32).

La estetización de la violencia presente en la descripción de la madre vietnamita y una noción de sacrificio fuertemente instalada se conjugan para indicar modos de subjetivación donde el compromiso con la revolución excede, aparece como un exceso, en relación a cualquier idea de cuidado de sí. El borramiento de sí en el colectivo, y la supervivencia en el colectivo, en el caso de que sobrevenga la muerte, aparecen

como un mandato, el único posible si quiere ser fiel al ideario revolucionario.

Un poco más adelante, extremando la sofisticación psicológica, “Moral y Proletarización” señala: “lo que los niños necesitan no es tanto ‘su’ padre y ‘su’ madre, sino la imagen del padre y la madre. Es decir [...] afecto, protección...” (MyP: 32). Las imágenes parentales intercambiables son esgrimidas como un arma poderosa contra el individualismo. Argumento que viene a reforzar la idea de que es el mal burgués del individualismo la fuente de las exigencias sociales que trae la maternidad y la paternidad.

Muchas mujeres militaron activamente en el PRT-ERP y en otras organizaciones político-militares. Con su compromiso militante ellas suponían que contestaban los patrones tradicionales de género, casi por el simple hecho de ser mujeres que ponían el cuerpo en ese lugar, el resto vendría después. El modelo de militante que predominaba en la década del '70 era un modelo de militante “ideal”, con un profundo espíritu de sacrificio, una única versión disponible para varones y mujeres, que igualaba a las militantes con los soldados, borrando cualquier presencia de la diferencia sexual. Creo, sin embargo que esa imagen de militante neutro, y por lo tanto masculino, contribuyó a la reproducción de la desigualdad sexista.

Las militantes que hablan hoy de su experiencia en los '70 evalúan su intervención en la vida pública de aquella época enmarcada en un conjunto de acciones inspiradas por un proyecto político colectivo que les otorgaba legitimidad en tanto implicaba, en las certezas de la época, un cambio social hacia una sociedad transformada. Pero ¿transformada en qué? La idea de revolución y de un orden societal futuro aparece en los testimonios actuales profundamente transfigurada por la propia trayectoria de vida de las militantes; itinerario marcado por la derrota de las expectativas pasadas y por la incorporación de otras perspectivas. Pero eso no debiera obturar la posibilidad de analizar críticamente las definiciones políticas de la izquierda armada de entonces.

La selección, el recorte que presenté no tiene, de ningún modo, la intención de armar, a partir de un elemento excluido, por caso el género, un contrarrelato que lo incluya, esta vez en un lugar, si no central, por lo menos considerado. Quisiera, por el contrario, producir una nueva lectura que permita señalar críticamente las posiciones políticas y las acciones de aquella militancia, así como también las consecuencias de ellas derivadas. Mi intención es, entonces, releer un texto como “Moral y Proletarización”, no con el propósito de señalar carencias o lecturas erradas, sino para producir fisuras en las interpretaciones establecidas, de tal modo de realizar otra aproximación al tema de la militancia. A este respecto, la lectura desde el género hace visibles los vínculos que estos discursos retienen con algunas zonas del poder.

Es desde esa perspectiva que puedo señalar que encuentro que los discursos del PRT-ERP eran ciegos y prisioneros de su propia complicidad con la ideología de género que opera por medio de su compromiso con la subjetividad. Negar la diferencia sexual es ante todo negar las relaciones sociales de

13 Cfr. Actis, Aldini, Gardella, Lewin, Tokar, **Es inferno**, Buenos Aires, Sudamericana, 2001. Martín Caparrós y Eduardo Anguita, **La voluntad**, Buenos Aires, Norma, 1997. Noemí Ciollaro, **Pájaros sin luz**, Buenos Aires, Editorial Planeta, 1999. Marta Diana, **Mujeres guerrilleras**, Buenos Aires, Editorial Planeta, 1996.

género que constituyen y legitiman la opresión sexual de las mujeres y además negar el género es permanecer en la ideología, una ideología que en forma manifiesta está al autoservicio de sujetos generizados masculinos.

Quisiera, por último señalar que la inflexión que se produce desde otras perspectivas, para el caso la de género, así como la incorporación de nuevas voces, no implican por sí solas un saber más crítico. Será siempre la lectura realizada, la interpretación, la intervención sobre la narración de la experiencia la que rearme los diferentes fragmentos en *otra narración*. Tal vez el mayor desafío teórico-metodológico esté en lograr que esa nueva narración sea polifónica y que sea consciente de su propia dimensión narrativa; tal vez las diversas teorías feministas —que, con todo y sus limitaciones, advirtieron desde sus primeros pasos acerca del carácter parcial y contingente de los universales— puedan aportar algo en la construcción de un nuevo pasado; tal vez el problema sea ahora cómo (re)escribir, cómo transcribir, cómo trabajar esa pluralidad de voces

Bibliografía

- Actis, Aldini, Gardella, Lewin, Tokar, **Ese Infierno**, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.
- Althusser, Louis, **Ideología y aparatos ideológicos de Estado**, Buenos Aires, Nueva Visión, 1984.
- Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín, **La Voluntad**, Buenos Aires, Norma, 1997.
- Ciollaro, Noemí, **Pájaros sin luz**, Buenos Aires, Planeta, 1999.
- Diana, Marta, **Mujeres Guerrilleras**, Buenos Aires, Planeta, 1996.
- Engels, Federico, **El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado**, San Sebastián, Equipo, 1968.
- Lonzi, Carla, **Escupamos sobre Hegel**, Buenos Aires, La Pléyade, 1978, pág. 37)
- Mattini, Luis, **Hombres y mujeres del PRT-ERP**, La Plata, La Campana, 1995.
- Pittaluga, Roberto, “La historiografía sobre el PRT-ERP”, en **El Rodaballo. Revista de política y cultura**, n° 10, Buenos Aires, verano 2000.
- Pittaluga, Roberto, “Nociones de la revolución en el PRT-ERP”, ponencia en las **VIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia**, Universidad Nacional de Salta, 19 al 22 de setiembre de 2001.
- Tarcus, Horacio, “La secta política. Ensayo acerca de la pervivencia de lo sagrado en la modernidad”, en **El Rodaballo. Revista de política y cultura**, año V, n° 9, verano 1998/99.
- Verón, Eliseo, “La palabra adversativa”, en A.A.V.V., **El discurso político. Lenguajes y acontecimientos**, Buenos Aires, Hachete, 1987.
- Weber, Max, **La ética protestante y el espíritu del capitalismo**, Buenos Aires, Hypamérica, 1985.

Fuentes

- [Julio Parra], “Moral y Proletarización”, en **La Gaviota Blindada**, n° 0, c. julio 1972.